

LA MEDIATIZACIÓN DEL ESCRITOR DURANTE LA TRANSICIÓN

EL PAPEL DE LA TELEVISIÓN

Jean-Stéphane DURAN FROIX

Université de Paris Ouest Nanterre La Défense

Héroe de la antigua «grafosfera» –tal y como lo define Régis Debray– el escritor empezó verdaderamente a integrar, en España, la «videoesfera»¹ con la Transición. Hasta entonces, la televisión había prácticamente prescindido de su presencia, aunque no de su obra, ni de su arte. Los espacios literarios cuentan entre los primerísimos programas ofertados por la pequeña pantalla, a la par incluso que el fútbol. *Tengo un libro en las manos*, con el que TVE inauguraba su programación cultural, salió a antena el mismo año en que se iniciara la retransmisión de los famosos «clásicos». Pese a la simultaneidad de su lanzamiento, de su carácter pionero y de su adecuación a la funcionalidad inicialmente atribuida al nuevo medio, ambos contenidos fueron muy diversamente desarrollados. La oferta literaria y de cultura tradicional o clásica no se asentará de forma clara y regular en las parrillas del ente público hasta que el fundador y primer director de la Segunda Cadena, Salvador Pons consagre el «canalillo», inaugurado en 1966, a esa tarea.

La figura televisiva del escritor irá emergiendo poco a poco desde sus entrañas a lo largo de la década siguiente. Su aparición esporádica en programas como *Cultura 2*, dará paso al protagonismo que le confieran los platós y cámaras de *A Fondo* y *Encuentro con las Artes y las Letras*. El interés y el tiempo que, de nuevo gracias a la intervención de Salvador Pons –ahora Director de Programas de TVE–, le dedican estos dos espacios hasta el final

1. «Muerte de un centenario: el intelectual», *El País*, 3 de junio de 2001.

de la Transición constituye una verdadera rehabilitación del personaje del escritor en el espacio público español. La cantidad y diversidad de autores entrevistados (varios centenares entre los dos programas), a menudo durante más de una hora, junto con la libertad de palabra que esgrimieron, marcaron profunda y longamente el panorama televisivo español, pero no solo.

Antes incluso de que desapareciesen de las pantallas, su formato y estilo ya habían sido imitados por al menos otros cinco programas entre los cuales uno cuyo título no podía ser más explícito, *Los escritores*. Prueba de la relevancia que empezaban a adquirir entre el público estas entrevistas en directo, este último y emblemático espacio mereció los honores de la primera cadena. Más allá del anclaje programático conseguido en una televisión hasta entonces poco abierta a este tipo de cultura, estos espacios permitieron sobre todo integrar a los representantes de esa «desfasada grafosfera» en la nueva sociedad mediática en la que España se adentraba al amparo de su omnipresente democratización.

De la oscuridad a la claridad televisiva. La figura del escritor durante la edad de oro de los programas literarios

Entre las fechas anteriormente definidas, televisión española llegó a emitir dieciocho espacios parcial o integralmente dedicados a la literatura y a sus creadores. Si, comparado con las miles de horas de difusión y cientos de programas que colman las parrillas de esta época, esta veintena de proposiciones culturales encierra un muy escaso valor representativo, sí supone sin embargo, un salto cuantitativo con respecto a la simbólica presencia a la que hasta entonces había sido relegado este género. Con apenas una decena de programas de este tipo emitidos, entre 1956 y 1974, TVE aparece como una de las televisiones menos culturales de Europa. Lo que paradójicamente convierte al ente público franquista en uno de los más próximos al modelo comercialo-liberal estadounidense. Sin embargo, no solo sirvió para «vender» la democracia a los españoles durante la década siguiente.

Aprovechando el efímero «espíritu del 12 de febrero», Jesús Fernández Santos saca a antena *Libros*, una serie de «docucreaciones» que junto a los programas de entrevistas *A Fondo* y *Encuentro con las artes y la letras* abren una nueva era cultural en la pequeña pantalla. A imagen y semejanza de lo que vive el país a nivel institucional y político, no hay una ruptura clara con respecto a lo que TVE venía produciendo hasta entonces en este ám-

bito, a nivel formal y estético. Aunque inspirada en el programa francés *Les cent livres des hommes*, creado a finales de los sesenta por Claude Santelli y Françoise Verny, la ficcionalización de obras literarias propuesta por Fernández Santos no diverge tanto de lo que venía ofreciendo desde 1962 el serial *Novela*, a no ser la inclusión de Galdós², Larra u Oscar Wilde³, entre los autores representados, la duración de una hora de cada una de sus entregas y su difusión en horario de máxima audiencia de la primera cadena⁴. Es más, entre los realizadores que elaboraron algunos de sus veintinueve capítulos, algunos como Pilar Miró, Miguel Picazo o Alfonso Ungría ya habían hecho sus pinitos en *Novela*. Pese al éxito de sus dos primeras temporadas, *Libros* como su antecesor y principal competidor adolecían de su total desconexión con la creación contemporánea y preocupaciones del momento. Seguían

otorga[ndo] [esa] coartada [cultural a] una televisión [...] destinada a la divulgación de la alta cultura entre un público interclasista que en buena medida no había podido acceder a la formación escolar, y garantizaban la asepsia ideológica que ofrecen las épocas históricas ya superadas y, por ello, poco conflictivas⁵.

El resto de las ficciones presentadas en este marco obedecían exactamente a los mismos imperativos retrógradas. Se vuelve incluso, a través de las biografías de los premios Nobel españoles y la de Cervantes, a ensalzar viejas glorias nacionales, como en los mejores tiempos de la propaganda franquista.

Sin alcanzar tales límites, la visión impuesta por el régimen anterior sigue imperando, pese al desmantelamiento oficial de la censura en diciembre de 1977, en producciones que por su vocación realista, podían perfectamente hacerse eco de la existencia cada vez más visible de un mundo

-
2. *La Fontana de Oro* realizada por el mismo Fernández Santos y que sirvió de capítulo piloto.
 3. *El retrato de Dorian Gray* realizado por Jaime Chávarri fue censurado y no pudo emitirse hasta diciembre de 1977.
 4. Se empezó emitiendo los lunes y martes a partir de las 22h15, para pasar, en su tercera temporada (noviembre - diciembre de 1977), a las 19h30 de los miércoles.
 5. Luis Miguel Fernández, «Clásicos y modernos. La serie *los libros* y la televisión de la Transición» in Antonio Ansóñ, Juan Carlos Ara Torralba, José Luis Calvo Carrilla, Luis Miguel Fernández, María Ángeles Naval López y Carmen Peña Ardid (eds.), *Televisión y Literatura en la España de la Transición (1973-1982)*, Madrid, CSIC, 2010, p. 125.

literario totalmente comprometido con el giro político que estaba tomando el país. Sin embargo, el único documental protagonizado por una figura literaria del momento, estará dedicado a un Delibes, cazador y vate de una Castilla rústica, tradicional, venida a menos y añorante de su gloria pasada⁶. El anclaje en la actualidad de las revistas culturales no constituye en este caso una garantía de mayor ecuanimidad o apertura de vistas. La mayoría de las revistas culturales de esta confusa época fueron autorizadas por Directores de programas y de Televisión española que no destacaban forzosamente por su amplitud de miras y tolerancia intelectual, salvo Salvador Pons bajo la responsabilidad del cual se lanzó en 1974, *Cultura 2* cuya ambición desacreditaba ya al más clásico y oscuro *Informativo cultural* con quien compartía cadena. Aunque no tuviesen de por sí voluntad rupturista, estos espacios consiguieron –gracias en parte a su proliferación⁷– cambiar la forma de abordar la literatura en la pequeña pantalla. Para dar cuenta del acontecer literario ante los telespectadores, la imagen y la palabra de los autores eran bastante más eficaces y atractivas que las tapas de un libro y la monótona voz de un narrador. La presentación pasiva o ficcionalizada de la obra fue desbancada por la entrevista grabada o en directo. El autor y no ya su creación pasaron al primer plano, hasta el punto que el declive de la serie *Los Libros*, coincide con el lanzamiento del primer programa de este tipo en asumir de entrada esta transformación. Escrito y dirigido por Mario Antolín, *Los escritores* obtuvieron incluso el desacostumbrado privilegio –para este tipo de realizaciones–, de ser programados en la cadena de mayor audiencia. No obstante y pese a los esfuerzos de la voluptuosa Lola Martínez por realzar la intervención de sus invitados, este espacio de la sobremesa de los martes, nunca llegó a rivalizar con la calidad, justeza y audacia de sus dos principales competidores del «canalillo», *A fondo* y *Encuentro con las Artes y las Letras*.

La relevancia adquirida por estos dos programas se debe a una serie de características comunes que les permitieron afianzar un estilo propio e inimitable y alzarse como sendos hitos, no solo de la programación literaria, sino también de la configuración televisiva del escritor. Sin duda alguna, la

6. Reportaje realizado para el programa *Esta es mi tierra* por Adolfo Dufour Andía.

7. Siete programas de este tipo se sucedieron en la programación de TVE durante estos años, principalmente en TVE 2: *Informativo cultural*, *Cultura 2*, *Revista de las artes y las letras*, *Encuentro con las artes y las letras*, *Los escritores*, *Signes* (por el circuito catalán), *Las cuatro esquinas* y *Alores, cultural abierto*.

primera de ellas fue la trayectoria y personalidad de sus directores. Tanto Joaquín Soler Serrano, director y presentador de *A Fondo*, como Carlos Vélez, creador y máximo responsable de *Encuentro con las Artes y las Letras*, provenían de los medios de comunicación social de la dictadura en donde habían tenido carreras bastante atípicas. Enrolado en la filas republicanas en la famosa «quinta del biberón» y antiguo Jefe del Centro de Organización Permanente de Tropas de Intendencia nº 2 en Arenys de Mar, Soler Serrano entró a trabajar de locutor en Radio Nacional de España en Barcelona, gracias a Antonio Tovar. Al mismo tiempo, emprende una colaboración con las revistas falangistas *Solidaridad nacional*⁸ y *Labor* que le permite tener un primer contacto con la intelectualidad literaria. Tras un primer éxito televisivo, en 1960, con el programa de «variétés» *Carussel* y un paso por el canal 8 venezolano, Joaquín Soler Serrano consigue, a principios de 1976, llevar a la pequeña pantalla su interés por la cultura y conocimiento del medio creativo e intelectual. Pocos meses después, Carlos Vélez haría lo propio con *Encuentro con las Artes y las Letras*. Sin embargo, este colofón parecía estar mucho más inscrito en el devenir profesional de este antiguo Jefe de Actividades Universitarias del SEU, director de la revista *Arco*⁹ y fundador de la discrepante *Acento cultural*¹⁰, que entrara en televisión como director de dramáticos. De hecho

[...] lo que Carlos Vélez pretendió en el duro invierno de 1976 fue fraguar una auténtica revista literaria en televisión, y no sólo un programa de libros. [...] [una revista que] habría de funcionar como empresa intelectual, esto es, como institución con capacidad de consagrar tendencias, de intermediar activamente en las peleas del campo literario y, en las sazones de la alta transición, de tratar de imponer una norma en la recuperación del pasado artístico oculto tras el frío telón de acero oficial de cuatro décadas de franquismo¹¹.

-
8. En la que entre otros publica en aquellos años de la inmediata posguerra, el poeta Josep Palau i Fabre.
 9. Revista universitaria del SEU de León.
 10. Revista cultural del SEU fundada en 1958 en la que colaboraron Eugenio d'Ors, Camilo José Cela o Julián Marías entre otros.
 11. Juan Carlos Ara Torralba, «*Encuentro con las Letras*» in Antonio Ansón, José Luis Calvo Carrilla, Luis Miguel Fernández, Juan Carlos Ara Torralba, María Ángeles Naval López y Carmen Peña Ardid (eds.), *op. cit.*, p. 140.

Este posicionamiento resueltamente crítico –y hasta polemista en algunas ocasiones– constituyó la verdadera identidad del programa y contribuyó a su éxito tanto de público como de concurrencia creativa. A lo largo de sus 276 capítulos, pasaron por su plató «más de mil autores¹², con una media de treinta minutos por intervención y el 90% de ellos en una sola ocasión¹³», según el propio Carlos Vélez. *A Fondo* ofrecía en este sentido una excelente complementariedad. Difundido durante el mismo periodo más o menos (entre enero de 1976 y mayo de 1982), Joaquín Soler Serrano proponía a sus invitados una larga y sosegada entrevista (algunas superaron las dos horas incluso), minuciosamente centrada en la vida y obra del autor, hasta el punto de dar la impresión de saber de cada uno de sus más de cuatrocientos interlocutores, «tanto o más que ellos mismos», según palabras de Camilo José Cela¹⁴.

La evolución seguida por este género, en particular desde la aparición de estos dos últimos programas, ha catapultado al escritor al primer plano, introduciendo al mismo tiempo un nuevo y poderoso criterio de discriminación literaria, la telegenia de los autores.

Los escritores por televisión, el rostro plural y todavía incólume de la nueva España

La proliferación de los espacios literarios e informativos culturales de toda índole que caracterizó la Transición, atrajo ante las cámaras a una pléyade de literatos, prueba a la vez del recién y creciente interés de los autores por la televisión, y del establecimiento de una nueva convergencia entre el más antiguo de los media de comunicación de masas y el más moderno y poderoso. El teatro sobre el cual se había forjado hasta ahora la relación entre ambos, apenas interviene en esta fase de personificación de la creación literaria. Es paradójicamente otro género –totalmente identificado con la ficción– el que se impone ante unas cámaras cada vez más ávidas de presentismo y de sintonización con el gusto mayoritario de los telespectadores. Este curioso proceso de deslizamiento del centro de interés literario de la televisión del teatro hacia la novela revela el cambio y la ampliación

12. Entre españoles y foráneos.

13. Juan Carlos Ara Torralba, *op. cit.*, p. 156.

14. Joan Munsó Cabús, *Joaquín Soler Serrano a fondo*, Barcelona, Planeta, 2003, p. 9.

de funciones que la pequeña pantalla reserva, a partir de entonces, a la literatura. No debe solo ya distraer y satisfacer la legítima necesidad de evasión del telespectador, sino también –y particularmente durante este periodo– despertar su aletargada conciencia crítica, su curiosidad artística y empezar a subsanar sus carencias cognitivas, no ya mediante clases magistrales, como en la época de *Universidad TV*¹⁵, empero dando imagen y palabra a creadores hasta entonces menospreciados o simplemente ignorados por el medio. Ver a quién, hasta entonces, tan solo se había leído y oír las voces tanto tiempo enmudecidas, constituían la verdadera «ansia» de los españoles en aquellos momentos. Los que primero y más cubrieron esta necesidad, fueron sin embargo aquellos que ya gozaban de reconocimiento.

Los novelistas componen la mayoría de los cientos de escritores que, durante aquellos años, desfilaron por los platós de Prado del Rey y de San Cugat. De los cincuenta y cinco autores literarios españoles que recibió Joaquín Soler Serrano entre 1976 y 1982, veintinueve eran novelistas. Esta proporción se eleva al 70 % en el caso de *Encuentro con las Letras*¹⁶. A nivel individual, los más televisados fueron Miguel Delibes –con tres apariciones en tres años¹⁷–, seguido de Camilo José Cela, Antonio Gala, Gonzalo Torrente Ballester, Francisco Ayala, Francisco Umbral, Baltasar Porcel, Jorge Semprún y Juan Benet, con dos. El resto de los narradores tuvo que contentarse con una sola aparición ante las cámaras, sin que pueda establecerse una clara relación entre su notoriedad literaria y su paso por la pequeña pantalla. Jesús Fernández Santos, galardonado con dos de los principales premios literarios (el Nacional de Narrativa en 1979 y el Planeta en 1982), tan solo protagonizó una larga, pero única entrevista televisada¹⁸. Francisco Umbral, Mercedes Salisachs, y Carmen Martín Gaité, respectivamente Premios Nadal y Planeta en 1975 y Premio Nacional de Narrativa en 1978, no salieron por televisión hasta 1977, para el primero y 1981 para las dos siguientes. A la inversa, tanto José Luis Castillo Puche –objeto de un reportaje de veinticinco minutos en el espacio *Los escritores*– como

15. Programa emitido a principios de los años 1960.

16. Cantidades establecidas por el propio autor a partir de los datos conseguidos de la fuente ARCA del Centro de Documentación de RTVE.

17. Fue uno de los primeros invitados de Joaquín Soler Serrano, el 23 de enero de 1976, Roberto Llamas, presentador de *Encuentro con las Letras*, lo recibió el 14 de marzo de 1978 y *Esta es mi tierra* le dedicó un reportaje el 15 de mayo de 1981.

18. El 10 de junio de 1976, a cargo de Joaquín Soler Serrano en su programa *A Fondo*.

Gonzalo Torrente Ballester o Fernando Arrabal se estrenaron antes ante las cámaras de TVE que como laureados¹⁹. Las únicas excepciones a esta desincronización mediática parecen haber sido los casos de Jorge Semprún que vino a hablar de su reciente Premio Planeta de 1977, con Roberto Llamas en diciembre de ese mismo año y el de Juan Marsé que hizo lo propio con Joaquín Soler Serrano unos meses después de haber obtenido el Premio Planeta, en 1978. La docena de galardonados que figuraron entre los invitados de los espacios culturales, no permiten en sí establecer una correlación entre el reconocimiento literario y la mediatización televisiva. Los escritores que aparecieron en la pequeña pantalla durante la Transición, fueron seleccionados en función de la línea editorial de los programas y de los gustos de sus responsables, sin que terciaran —o muy poco— las presiones del sector editorial, si las hubo. Contrariamente a Francia o a Alemania, en donde en la misma época, la presencia de un autor en *Apostrophes* o su evocación en el *Cuarteto literario* del temible Marcel Reich Ranicki, podían cambiar considerablemente el curso de sus ventas, no parece que el ser entrevistado por Joaquín Soler Serrano, Roberto Llamas o incluso Lola Martínez tuviese notable repercusión sobre las tiradas de las obras mencionadas. Este manifiesto desinterés por las incidencias comerciales que pudiesen tener estas tertulias las relegó en la mayoría de los casos, a las zonas más recónditas de la programación: la segunda cadena y/o los horarios más inhóspitos. En contrapartida y a pesar de las trabas y censuras que sufrieron —sobre todo el programa de Carlos Vélez²⁰—, dispusieron de suficiente libertad para sacar en pantalla a representantes de géneros literarios más confidenciales, escritores del exilio o desconocidos del gran público.

Tras los novelistas, los poetas fueron los que mejor trato y atención consiguieron. Dos de ellos, Carlos Barral y Rafael Alberti fueron recibidos a la vez, en *A Fondo* y en *Encuentros con las Letras*, durante más de una hora

19. Gonzalo Torrente Ballester y Fernando Arrabal pisaron respectivamente los platós de *A Fondo* en 1976 y de *Encuentro con las Letras* en 1977, antes de recibir el Premio Nacional de Narrativa en 1981 (José Luis Castillo Puche, lo conseguiría al año siguiente) y el Nadal en 1982.

20. La entrevista al escritor Julián Marcos, prevista para el 21 de diciembre 1978 no fue emitida por ser demasiado procomunista, mientras que la mesa redonda del 19 de abril de 1979 en torno al libro *Gárgoris y Habidis* de Sánchez Dragó también tuvo que ser desprogramada, pero esta vez por comportar una crítica exacerbada de Santiago Carrillo.

en cada caso²¹. Con ello no parece que se intentara tanto destacar la particular calidad de sus obras respectivas, como el valor añadido que la trayectoria de cada uno de ellos poseía, en campos tan distintos como el simbolismo político o el fomento de las letras españolas. El regreso a principios de 1977 del autor de *Marinero en tierra*, tras cerca de cuarenta años de exilio, supuso un evento de mucho mayor calado para la opinión pública en general y para la intelectualidad en particular, que el de otro gran vate exiliado, Jorge Guillén que carecía de la misma dimensión política. En el caso de Barral, el atractivo mediático le venía menos, en esos años, de la reciente publicación del primer volumen de sus memorias, *Años de penitencia*, que de su labor como editor, fundador de premios literarios de prestigio, descubridor de nuevos talentos y relaciones con la fascinadora «gauche divine». El resto de los poetas entrevistados carecía de semejante actualidad. Pero a pesar de ello y de las cortapisas infligidas por las diferentes direcciones del ente, los telespectadores pudieron descubrir la personalidad, las vivencias e incluso los juicios sobre la situación presente de versificadores de la talla de Manuel Andújar, José Manuel Caballero Bonald, José Miguel Ullán, Salvador Espriu, Luis Rosales, Gloria Fuertes, Gabriel Celaya, Álvaro Cunqueiro, Carmen Conde, Gerardo Diego y Susana March. Sin que ninguna de sus comparecencias estuviese dictada por la necesaria promoción de una última publicación, excepto en el caso de José Miguel Ullán cuyo poemario de título gongoriano, *De un caminante enfermo que se enamoró donde fue hospedado*, acababa de salir, pocos meses antes de que interviniese en el programa *A Fondo* del 5 de noviembre de 1976. Si cierto es que, desde programas como *Poesía e imagen* a finales de los años 1960, el género lírico había hecho su entrada en las parrillas, no lo es menos que su programación los domingos a las 22 horas por la segunda cadena —en el mejor de los casos— lo había convertido en totalmente invisible para la práctica totalidad de los telespectadores y que hubiera acabado por desaparecer completamente, sin el muy democrático e intelectual empeño de los principales programas culturales de la Transición en dar cabida en sus espacios a todos los géneros literarios, por muy minoritarios que fueran, ofreciéndoles un trato correlativo tanto a su valor creativo y literario como a su dimensión político-simbólica. El

21. Carlos Barral fue recibido por Joaquín Soler Serrano el 30 de octubre de 1976 y por Roberto Llamas en mayo de 1978, mientras que Rafael Alberti estuvo en *A Fondo* apenas tres meses después de su regreso oficial a España (el 27 de abril de 1977) y en *Encuentro con las Letras*, el 18 de octubre de 1979.

papel jugado por los escritores durante la guerra civil y el posterior desprecio que les manifestó el franquismo, habían convertido a la figura del literato en barómetro del vanguardismo y del progresismo televisivo.

De ahí que estos espacios cuenten entre los primeros en abordar abiertamente el tema del pasado traumático dando, desde sus primeros capítulos, imagen y palabra, a autores exiliados o recién regresados. Ramón J. Sender protagonizó, junto a Joaquín Soler Serrano, uno de los grandes y escasos momentos de emoción que, a este respecto, recogiera la televisión de entonces²². Este claro y temprano rechazo al «olvido» fue una constante durante los primeros años de la Transición. Además de los ya citados Alberti, Manuel Andújar, José Miguel Ullán, fue también encarnado por personalidades tan dispares como Francisco Ayala, Jorge Semprún y Fernando Arrabal, que completaron el elenco representativo del exilio. Para muchos telespectadores, estas apariciones significaban a la vez el descubrimiento de aquella otra España, tanto tiempo perdida, y una garantía del cambio de rumbo tomado por el país. Para los escritores fue todavía más relevante, si cabe. Supuso un reconocimiento, quizás tardío pero inesperado, que llegó incluso a abarcar a la figura de Federico García Lorca, a quien televisión española dedicó un primer reportaje, el 10 de junio de 1978, con motivo del ochenta aniversario de su nacimiento. Escuetos homenajes, sin duda –por ser difundidos desde el «canalillo»– pero que les permitieron mitigar ese sentirse «peregrino en [su propia] patria» que tanto padeciera Max Aub a su regreso. A ello hay que agregar que esos largos minutos de entrevista consiguieron restablecer –cuando no puramente establecer– un nexo de unión directo con su público natural. En la mitad de los casos, este contacto dio pie a nuevas comparencias ante las cámaras²³, a mayores tiradas o incluso a reediciones de obras de hasta entonces discreto éxito.

Otra cuestión candente que también asumieron rápida y serenamente los escritores fue la de la diversidad lingüística de España. Antes incluso de que Suárez recibiera a Tarradellas, Salvador Espriu, Josep Pla y María Aurelia Capmany²⁴ mostraron, desde los platós de la televisión pública estatal, la

22. En el programa *A Fondo* del 4 de julio de 1977.

23. Alberti volvió a ser objeto de interés para la televisión en 1979, en 1996 y de forma póstuma en 2009. Francisco Ayala reapareció en la pequeña pantalla en 2006 y Jorge Semprún en 1978.

24. Fueron respectivamente entrevistados en *A Fondo*, los 19 de diciembre de 1976, 9 y 30 de enero de 1977.

vivencia de la creación literaria catalana y la apremiante necesidad de oficializar su existencia. Más tarde se unieron a esta defensa del bi-culturalismo autores como Manuel Vázquez Montalbán y Mercedes Formica, Merce Rodoreda y Terenci Moix, al mismo tiempo que se extendía al gallego con la invitación de Joaquín Soler Serrano a Álvaro Cunqueiro. Encarnaciones o portavoces de alguno de los aspectos más conflictivos de la Transición, estos novelistas y poetas personificaron un tipo y un tono de televisión que rompía con la que se ofrecía habitual y mayoritariamente.

Contrariamente a ellos, los dramaturgos, comúnmente asociados con uno de los géneros televisivos de mayor éxito, «los dramáticos», estuvieron prácticamente ausentes de la pequeña pantalla en tanto que escritores. Tan solo tres de ellos (a parte de los ya citados bajo otras clasificaciones literarias) figuran entre los invitados de estos espacios. Antonio Buero Vallejo destaca con apariciones, en los programas *A Fondo*, en 1976, *Los escritores*, en 1977 y *De cerca*, en 1981, frente al –ya citado– Fernando Arrabal y a Vicente Soto. Aparte del célebre autor de la recién estrenada *Doble vida del doctor Valmy*, ni Alfonso Paso, ni Víctor Ruiz Irriarte, ni Miguel Mihura que solían compartir con él cartel en *Estudio 1* –uno de los programas de mayor audiencia de la época– merecieron los honores de las tribunas de la cultura. Que perteneciesen al elenco de autores preferidos por el régimen no constituye argumento de recibo en este caso. Más lo habían sido Ramón Nieto, José María Pemán o Ernesto Giménez Caballero –por citar a los más comprometidos– y, sin embargo, fueron de los primeros en aparecer por televisión²⁵. Por lo que, fuera de toda consideración de tipo personal, su ausencia parece más bien ligada al carácter popular y dicharachero de su teatro. Características que rebajaban la calidad intelectual de sus autores, a ojos de los responsables de los espacios encargados de determinar y representar la cultura en TVE.

La imagen televisiva del escritor apareció durante la Transición, auspiciada por los criterios democráticos horizontales y simplistas del momento. Lo que preservó el carácter aristocrático que tradicionalmente tenía. A pesar de la variedad y cantidad de autores presentados, la televisión no solo no resquebrajó este estatuto, sino que contribuyó a difundirlo y consolidarlo todavía más.

25. Ramón Nieto, el 16 de julio de 1976 en *Encuentro con las Artes y las Letras*, José María Pemán y Ernesto Giménez Caballero, en *A Fondo*, el 17 de octubre de 1976 y el 31 de julio de 1977, respectivamente.

La televisión, nuevo campo de expresión para los escritores

Esta consolidación no impidió, sin embargo, que el escritor se interesase cada vez más por la pequeña pantalla y ampliase su participación en la elaboración de sus contenidos, convirtiéndola en natural prolongación o complemento de su quehacer literario. Sin embargo, los que más cultivaron este nuevo campo literario fueron curiosamente los que menos aparecieron ante los telespectadores.

La mayoría de ellos provenían del teatro, más del drama que de la comedia. Con lo que la singularidad de estilos y de temáticas fue algo mayor entre los primeros que entre los segundos. Si bien son también momentos en los que se advierte cierta convergencia entre dramaturgos de trayectorias literarias diferentes. Al lado de un Carlos Muñiz, identificado en sus inicios con los postulados del teatro crítico de Antonio Buero Vallejo y Alfonso Sastre, antes de adentrarse en la dramaturgia esperpéntica con su última obra, *Tragicomedia del Serenísimo Príncipe Don Carlos*, empieza a tener éxito un Antonio Gala, igualmente inmerso entonces en el drama de carácter histórico con obras como *Anillos para una dama* o *Las cítaras colgadas de los árboles* o *¿Por qué corres Ulises?*. Casi al mismo tiempo, Ana Diosdado ponía en boca y cuerpo de actores de televisión, comportamientos y situaciones relacionales hasta ahora silenciados, cuando no reprimidos, pero cada vez más vividos o reivindicados por una parte creciente de los españoles, prosiguiendo la perspicaz observación social que iniciara en sus primeros planteamientos teatrales, *Olvida los tambores* (1970) y *El Okapi* (1972). De ahí la distancia que separa a series como *Visto para sentencia* (1971) o *Los maniáticos* (1974) de *Paisaje con figuras*²⁶ y de estas con *Juan y Manuela* (1972) o *Anillos de oro* (1983). Mientras que en el género cómico sigue imperando la uniformidad del inocuo sainete amable servido por Juan José Alonso Millán y Víctor Ruiz Iriarte cuyas producciones para televisión, respectivamente *Que usted lo mate bien* y *El señor Villanueva y su gente*, consiguieron un éxito de público comparable al que habían alcanzado en los escenarios, unos años antes, con obras como *El cianuro, ¿sólo o con leche?* o *Las mujeres decentes*. La escritura para la televisión no supuso, en estos casos, cambio o alteraciones notables con respecto a lo que estos autores venían haciendo en sus respectivos campos, si se exceptúa la distorsión que aparece entre la

26. Serie de docuficciones realizadas entre 1974 y 1976 por Mario Camus, quien montará *¿Por qué corres Ulises?*, en el Teatro Reina Victoria de Madrid.

última pieza teatral de Carlos Muñiz y sus trabajos televisivos coetáneos. En el terreno de la narrativa la adecuación es aún mayor, si cabe.

Las tendencias entonces imperantes en la novelística española quedaron ampliamente reflejadas en la pequeña pantalla, cuando no fue la vocación televisiva de algunos autores la que determinara su orientación literaria. El prototipo de esta compenetración entre pluma e imagen fue sin duda alguna, el novelista y realizador, Jesús Fernández Santos. Especializado tanto en la realización de documentales y cortometrajes como en la redacción realista, Fernández Santos fue uno de los pioneros en compaginar con éxito escritura y televisión. Su proyecto de lanzar, en febrero de 1974, una serie de docuficciones basadas en clásicos literarios, venía avalado por el grato recuerdo que había dejado entre profesionales y telespectadores *La víspera de nuestro tiempo*, del que *Los Libros* no andaba tan alejado. Como en su anterior programa, en este también, el futuro Premio Nacional de Narrativa, intervenía directamente en la realización de algunas entregas. De su puño y enfoque fueron los capítulos dedicados a Galdós (*La Fontana de Oro*), a Larra (*Artículos de costumbres*), a Fernando de Rojas (*La Celestina*) y al Arcipreste de Hita (*El libro de Buen Amor*), que, junto a algunos realizados por Jaime Chávarri y Pilar Miró, figuran entre los de mayor aceptación de toda la serie.

Ninguno de los demás escritores comprometidos con el ente público llevó tan lejos el paralelismo profesional. Aunque algunos de ellos, como José Luis Castillo Puche o Fernando Sánchez Dragó, llegasen a disponer de sus propios espacios. El primero concibió y dirigió, en 1976, la *Revista de las Artes y las Letras* antes de tomar las riendas de *Las cuatro esquinas* entre 1979 y 1981; mientras que el segundo relanzó su carrera televisiva, tras la retirada definitiva de *Encuentro con las letras*, con *Biblioteca nacional*. Para los demás, el paso por la pequeña pantalla fue esporádico y en directa prolongación de su quehacer literario, en funciones muy alejadas de la concepción de las imágenes: ya sea como supervisor de guiones, tarea que desempeñó Gonzalo Torrente Ballester en la serie *Los gozos y las sombras* o asumiendo la simple asesoría literaria de una producción, tal y como hiciera Guillermo Díaz-Plaja con la transcripción en dibujos animados del *Quijote de la Mancha*, emitida por TVE 1 entre 1979 y 1981.

Durante la Transición, la figura y dimensión sociales del escritor experimentaron una transformación tan radical como prácticamente imperceptible entonces. La encarnación de una de las más antiguas e ilustres de las Artes, emblema mismo de la cultura y principal vector de transmisión del conocimiento, empezaba no solo a sentirse atraído por la caja boba, sino sobre todo a asentar su imagen en ella e incluso a trabajar para ella. Fruto de esta presencia y colaboración, la televisión española adquirió una dimensión cultural que, por primera vez –y sin duda última, por ahora–, la aproximaba a las televisiones europeas punteras en este campo. Sin embargo, estos prometedores esfuerzos por reconocer al fin, tras cerca de cuarenta años de indiferencia –cuando no de desprecio–, el valor mediático y patrimonial del escritor quedaron paradójicamente anegados por la brutal y exponencial ampliación de la oferta televisiva de la década siguiente. Durante este breve paréntesis, el escritor participó activamente en una de las mayores transformaciones que haya conocido la sociedad española contemporánea, su paso a la era de la información y de la comunicación.